

EL ESPÍRITU DE LA BAYONETA

Nicolás Sánchez Durá

Antes de recibir las escasas imágenes de esta guerra prefabricada, en los días previos de preparación psicológica y propagandística, vimos repetidamente en la pantalla un breve reportaje sobre la espera y adiestramiento de las tropas de tierra inglesas destacadas en Kuwait. Dos soldados ferozmente se abalanzaban gritando, la bayoneta calada, contra un talud donde yacían dos maniqués uniformados. Una vez acuchilladas las réplicas de aquellos enemigos inertes, los soldados se cuadraban recobrando con dificultad cierta compostura. Lo significativo de las imágenes no era su brutalidad ni la exaltación de la muerte violenta, sino la distancia abismal que suponen respecto de la efectiva guerra moderna. Pues mucho se ha dicho ya sobre la inmoralidad, ilegalidad y torpeza política de esta agresión contra Irak, pero quizá convenga decir algo sobre lo que se desprende de los modos propios de la llamada guerra tecnológica del siglo XXI.

En sus *Memorias de un Oficial de Infantería*, Siegfried Sassoon, superviviente de la sangrienta batalla del Somme, y al cabo de la Gran Guerra, transcribe la conferencia, de título *El espíritu de la bayoneta*, que oyó en boca de un mayor de los *Highlander* antes de partir al frente de Francia: "un ataque eficaz con bayoneta exige buena dirección, fuerza y rapidez, durante un estado de salvaje excitación y posiblemente de agotamiento físico. La bayoneta es esencialmente un arma ofensiva. En un ataque a punta de bayoneta todos avanzan para matar o morir, y sólo aquellos que han desarrollado pericia gracias a un entrenamiento constante serán capaces de matar. El espíritu de la bayoneta debe inculcarse en todos los rangos, para que embistan con esa decisión agresiva y esa confianza en la propia superioridad que es producto de la práctica constante...".

Robert Graves en sus memorias *Adiós a todo eso*, que redactó justo antes de partir a Mallorca para allí vivir hasta ser enterrado en Deia, sobrino nieto del historiador alemán Leopold von Ranke, poeta y afamado clasicista, oficial de asalto de los fusileros del Real Galés, compañero de regimiento y amigo de Sassoon, también insiste en la abundancia de porras, hachas y aún del renovado uso de la pica en los asaltos de trincheras: "en vez de rifles y bayonetas, algunos de los soldados que se lan-

zaron a la carga llevaban cuchillos de cocina, atados con esparadrapo y cuerdas al extremo de un palo de escoba. Esta pica, un arma más ligera que el rifle y la bayoneta, era un añadido útil a las granadas y los revólveres".

Cabe subrayar, con todo, que las diferencias entre aquellos fusileros de la guerra del catorce y los actuales no sólo versan sobre las armas que hoy manipulan sino que, además, la evolución de éstas -y sus efectos necesarios- ha supuesto un profundo cambio tanto en la identidad moral de los combatientes cuanto en la de la ciudadanía que los respalda. Pues todo el siglo XX consistió en el incremento acelerado de la capacidad de matar en masa a distancia y el paroxismo que ahora vivimos se inaugura en el bombardeo del puente de Thanwa en 1972, hecho acaecido hacia el final de la guerra del Vietnam. Inaccesible vía de tránsito del equipamiento chino y soviético desde el norte al sur del país, al no poder destruirlo desde un avión tripulado, la fuerza aérea de los Estados Unidos improvisó una bomba-proyectil que podía dispararse desde un avión para después ser guiada hasta su impacto por un técnico que recibía las imágenes de su trayectoria desde una cámara de televisión instalada en aquel explosivo autopropulsado. Después del puente de Thanwa, y los misiles que vinieron detrás, fueron posibles guerras -y modos de aterrizar a las poblaciones- que ya no tenían los inconvenientes de la invisibilidad e incertidumbre debidas al desorden y la fragmentación de la experiencia propias del campo de batalla, ni tampoco de la fricción con territorios difíciles o las condiciones meteorológicas adversas.

"Dale entre los ojos, en la garganta, en el pecho...con siete centímetros está liquidado; cuando tosa ya puedes ir a buscar al siguiente", nos cuenta Sassoon que exclamaba el sargento que acompañaba con sus ejercicios la conferencia del mayor sobre las virtudes de la bayoneta. Graves, por su parte, describe cómo en los entrenamientos de la infantería los instructores exclamaban: "¡Hiérello ahora, ahora! ¡En el vientre! ¡Sácale los intestinos!...¡Muérdele te digo! ¡Métele los dientes con fuerza, hasta que reviente! ¡Sácale el corazón con los dientes!...". Pero no siempre lo más conmovedor es lo más dañino. Y desde aquella guerra europea que inició el proceso, lo notable es que las diferencias entre frente y retaguardia no han hecho más que difuminarse hasta prácticamente desaparecer: los campos de batalla han ido progresivamente vaciándose, los ejércitos profesionalizándose y las víctimas civiles aumentando sin cesar. De forma que la guerra contemporánea, como ésta agresiva que nuestro gobierno impulsa, se sirve de una extraña mezcla de humanismo y pragmatismo. La retórica habla de minimizar las bajas civiles,

llama a la desertión de las tropas enemigas y sus mandos e intenta convencernos de que el objetivo de tamaño despliegue bélico es tan sólo la reducida cúpula de un régimen político. No obstante, nada más falaz: el armamento de guía exacta a distancia prosigue con el constante vaciamiento de los campos de batalla, pero llena las ciudades de víctimas. Y no sólo, ni principalmente, por los errores, sino porque la mayoría de los llamados efectos colaterales son, por el contrario, necesariamente objetivos vitales. En la malla de telecomunicaciones y rayos láser que guían a distancia los explosivos lo que se persigue son las agrupaciones de tropas, los centros de mando, los centros de información y comunicación, sí, pero también las redes neurálgicas de las sociedades. Pues, valga el ejemplo, una central eléctrica proporciona energía tanto a los centros de computación e información militares como a los hospitales; y la estrella de esta campaña, la *E-Bomb* capaz de producir un campo electromagnético tal que colapse todas las corrientes de fluido eléctrico, es de efectos civiles imprevisibles. Haga el lector el ejercicio de imaginar todo lo que depende a su alrededor de la electricidad a la vez que pondera la cadena insospechada de efectos que su corte instantáneo y total puede provocar.

Así, por una suerte de perversión ontológica, en la moderna guerra tecnológica lo accidental se convierte en necesario, las muertes se expanden sin control y la metáfora de una intervención quirúrgica precisa, indolora y rápida -todos claman por una campaña "corta"- apenas puede ocultar la realidad de la masacre indiscriminada. El *ritornello* "armas de destrucción masiva" es una ironía perversa: a partir del momento en que los cuerpos discretamente considerados dejaron de ser el objetivo principal, todas las armas destruyen a los hombres en cuanto masa. Todas matan de forma abstracta: desde la artillería convencional, pasando por los misiles de toda laya, hasta la bomba E o la moderna bomba de aire MOAB, cuyo poder destructivo es tal que difumina los límites entre las armas convencionales y las nucleares. No importa que al final de la guerra Bagdad no ofrezca el aspecto de la Varsovia o el Dresde de 1945, porque desde el punto de vista moral lo que debe subrayarse es que la característica de las modernas armas es apuntar a todos indiscriminadamente. Tanto como los gases, que por cierto se estrenaron en la celebre batalla de Ypres el 22 de abril de 1915 frente a la infantería franco-canadiense, iniciándose así el desplazamiento bélico consistente en ampliar el campo de batalla, convirtiendo el medio ambiente y las condiciones de vida en objetivo privilegiado (le cabe al ejército español el honor de haber utilizado por primera vez en la guerra del Rif los gases venenosos desde el aire contra una población civil, como ha demostrado de forma fehaciente Sebastian Balfour).

La capacidad de matar precisamente en masa y a distancia neutraliza la identidad moral con mecanismos de índole diferente a los necesarios en el caso del combate cuerpo a cuerpo. En este último el éxtasis del combate y la necesidad inmediata de sobrevivir ante un adversario con rostro amenazante que apunta directamente a mi cuerpo bastan para inhibir el respeto y la simpatía. Por el contrario, la distancia reduce *ab initio* los sentimientos de simpatía con los masacrados, a la vez que reduce el sentimiento de responsabilidad. Ya Diderot afirmaba en la *Carta sobre los ciegos* que, de no ser por el miedo al castigo, "muchos estarían más dispuestos a matar un hombre a una distancia tal que se le viera como una golondrina que a degollar un buey con sus propias manos". Ahora, en la distancia instaurada por la guerra moderna, los otros son una abstracción cuantificable, sin rostro ni identidad, lejanas golondrinas. Cuando la ministra Ana Palacio afirma descaradamente ante las cámaras que ya sabe que habrá imágenes -¡imágenes!- que le conmuevan, vuelve a mentir sibilinamente por su boca repugnante: pues es sabido que en la moderna guerra tecnológica hay una relación inversamente proporcional entre los sentimientos de culpa, la conmoción moral y el grado de responsabilidad. Sassoon podía iniciar uno de sus poemas de guerra con estos versos: "Volved a mí, colores que fueron mi alegría/ no con la púrpura de los soldados muertos..." ; ahora, a distancia, la putrefacción tornasolada de los cadáveres se reduce a la patina irreal de su reproducción digital. La sangrienta ministra puede estar tranquila: las "imágenes", caso de haberlas, no herirán su sensibilidad. De nuevo: no siempre lo más conmovedor es lo más dañino.

En el ataque a la bayoneta se necesitaba buena dirección, fuerza, rapidez y "un estado salvaje de excitación". No cabía duda de quién mataba, de a quién imputar la responsabilidad de ésta o aquella muerte. En la moderna guerra a distancia la responsabilidad, por fragmentada, parece diluirse. No hay aquí toses, ni gargantas anegadas en sangre, ni pulmones encharcados a causa del cuchillo que perfora un cuerpo. Tampoco atinado impacto de bala tras certero tiro. "La bala y la bayoneta son hermanas", afirmaba con acierto el mayor de los *Highlander* que escuchó Sassoon. Michael Ignatieff describe en *Virtual Wars* el complejo proceso de toma de decisiones y de los posteriores bombardeos de la OTAN en la guerra de Kosovo: los que atienden los satélites, los que analizan la información que proporcionan, aquellos que seleccionan los objetivos y las armas apropiadas, los que señalan las prioridades bélicas y políticas, los que sostienen y apoyan los ingenios que acabarán disparando desde tierra, mar o el aire, las dotaciones o tripulantes de los mismos... Imposible reducir la responsabilidad de los efectos de la explosión

ulterior al que da la orden de disparar, pues no hay aquí una relación monocausal sino múltiples cadenas causales que convergen en un punto: el disparo. Ya Günter Anders señaló este carácter maquinal de las acciones horribles en la época de la técnica: en un mundo de innumerables mediaciones, de especialistas que acometen cada uno su "trabajo" parcelado nadie parece ser responsable. Y así los hombres fácilmente se absuelven de la responsabilidad o, psicológicamente, fácilmente neutralizan las inhibiciones morales y emocionales que se oponen a matar no sólo combatientes sino a las poblaciones civiles.

El reportaje de los dos soldados ingleses que se entrenaban en el ataque a la bayoneta forma parte de la retórica propagandística de quienes, todavía hoy, quieren beneficiarse del honor del guerrero. Que la primera unidad en invadir Irak haya sido el Séptimo Regimiento de Caballería forma parte del mismo mecanismo retórico. Porque incluso las tropas de asalto de tierra forman parte de un ejército cuya lógica es la de la asimetría de la fuerza. Lógica cuyo objetivo es la impunidad e, idealmente, la ausencia total de bajas propias. Lo cual desmiente los ideales humanitarios que dicen animarles. Pues sea lo que sea lo que se entienda por "humanidad", al menos debe suponerse que "el linaje humano es uno". El que mata necesariamente a civiles no combatientes y dada su fuerza abrumadora considera al enemigo en cuanto exterminable -deseando, a la vez, permanecer a resguardo de todo riesgo-, supone que no toda vida humana tiene igual valor, que unos muertos importan más que otros. Que lleguen o no a caer los 3000 misiles anunciados es irrelevante, pues dependerá de consideraciones tácticas, no morales. Esta inhumanidad inconfesada es, por cierto, su punto débil. A pesar de su mortífero y masivo armamento, su capacidad de resistir al dolor y al daño es tan baja que otras gentes con una concepción sacrificial de la vida -que ellos ya hace tiempo perdieron- pueden ponerlos en serios aprietos. Que los responsables de la UE hayan dado el pésame a Blair por ocho soldados ingleses muertos, no sólo es un sarcasmo sino un síntoma del raro humanismo que Bush, Blair y nuestro ridículo *petit-maitre* alientan.

Universitat de València

Facultat de Filosofia i Ciències de l'Educació



Universitat de València

dilema
Revista de Filosofia

Edita

Revista **DILEMA**

Consejo Editorial

Alex R. Nadal
Eduardo Vicente Navarro
Isaac Aineto Cobo
Irene Camarasa Pascual
Javier Gracia Calandín
Juanjo Colomina Almiñana

Consejo de Redacció

David Lana Tuñón
Isabel Tamarit López
Josué Gil Soldevilla
Pere Blai Fornés i Ferrer
Sagrario Molés Nieto
Verónica Peláez Alvarado
Vicente Raga Rosaleny

Consejo Asesor

Vicente Sanfélix Vidarte
Nicolás Sánchez Durá
Joan B. Llinares Chover
Amparo Rovira Sánchez
Manuel Jimenez Redondo
Jesús Conill Sancho
Elena Contavino
Francisco Rodríguez Consuegra

Diseño

Portada: Eduardo Vicente Navarro
Interior: Epifanio García Ferrer

Imprime

Estudi-Imprenta Clarió
Romeu de Corbera, nº 3
46006 València
Tel.: 963255327

Administración

Universitat de València
Blasco Ibáñez, 30
46010 València
<http://www.uv.es/adrfp/dilema>

Entidades colaboradoras:

A.D.R. de la Facultad de Filosofía i CC. EE.
Decanato de la Facultad de Filosofía i CC. EE.
Dpto. Metafísica y Teoría del Conocimiento
Dpto. de Filosofía
Dpto. de Lógica y Filosofía de la Ciencia
Área de Filosofía Moral
Vicerrectorado de Estudiantes

DILEMA es una revista de filosofía editada por estudiantes de la Universitat de València. Está abierta a todas las disciplinas y materias filosóficas y a todas las tendencias y disciplinas filosóficas. Pretende facilitar y fomentar las publicaciones de trabajos de estudiantes de nuestra universidad, pero admite también colaboraciones de otras personas interesadas en la materia.

—DILEMA—
Revista de Filosofia

L'EDITORIAL/EDITORIAL 5

IN MEMORIAM A JOSEP L. BLASCO 7

CONVERSACIÓN CON RAIMON PANIKKAR 9

ENSAYOS/ASSAJOS 19

Literatura y realidad: Fausto Pérez Martínez • *El misteri de la llibertat metafísica d'una moneda*: Pere Blai Fornés i Ferrer • *Helena podía ser culpable*: Vicente Raga Rosaleny.

TRADUCCIONES/TRADUCCIONS 99

Historia de la Antropología: Franz Boas (trad. Marisol Salanova) • *La ley individual del erotismo*: Marco Vozza (trad. de Juan José Colomina).

A DEBATE/A DEBAT «Malditas sean las guerras...» 137

Manifiesto contra la guerra y por el alto el fuego: Comisión contra la guerra (Facultad de Filosofía y CC de la Educación) • *El espíritu de la bayoneta*: Nicolás Sánchez Durá • *Ensayo sobre la animalidad (¿guerra infinita para una paz perpetua?)*: Eduardo Vicente Navarro • *La guerre c'est finie*: Vicente Sanfélix Vidarte • *El olvido de la democracia*: Flema • *El hombre-masa en guerra*: Arturo Peigneaux d'Egmont Hernández • *La paz empieza aquí*: Javier Gracia Calandín • *El lenguaje de la guerra y su influencia: El caso de la invasión de Iraq*: Francisco Rodríguez Consuegra. Alumnos de Problemas de Filosofía del Lenguaje II.

RESEÑAS/RESSENYES 183